

***Construcción de la masculinidad:
tensiones entre psicoanálisis y
feminismo.***

Docente tutora: Anabel Beniscelli

Estudiante: Alexis Méndez Debenedetti

CI 4436340-0

Montevideo 30 de julio de 2015

Índice.

Resumen.....	2
Introducción.....	3

Capítulo I

Antecedentes freudianos.....	6
------------------------------	---

Capítulo II

Los estudios de la mujer o ¿la exclusión de lo masculino?.....	11
El culturalismo de Horney.....	11
Antecedentes del concepto de género en psicoanálisis.....	11
Feminismo y psicoanálisis: ¿teorías opuestas?.....	12

Capítulo III

Pensar el género sin olvidar al psicoanálisis.....	15
Las teorías contemporáneas respecto al género en psicoanálisis.....	15
Varones, pensamiento psicoanalítico actual; Volnovich- Dio Bleichmar.....	17
Algunas referencias a la obra de Judith Butler.....	20

Capítulo IV

De Jean Laplanche a Silvia Bleichmar, revisionistas freudianos.....	23
Los aportes de Jean Laplanche.....	23
La masculinidad como paradoja.....	30
Consideraciones finales.....	31
Referencias.....	33

*“La enseñanza de Freud consiste en
mostrar que una sexualidad, una sociedad
y una cultura sin intercambios son utopías peligrosas,
sino ridículas, porque implican lisa y llanamente la
negación del orden humano”*
Jean Laplanche; La sexualidad

Resumen

El siguiente trabajo es una reflexión acerca de la construcción de la masculinidad. Tomando como referencia las teorías contemporáneas de género y la teoría psicoanalítica. Se trata de revisar el concepto de género a la luz de los postulados del psicoanálisis. Se intenta debatir cuál es el núcleo principal de los fundamentos que hacen hincapié en la construcción de la identidad masculina como procesos sociales y los principios psicoanalíticos que ponen su mirada en los primeros grupos que tienen relación con el niño; (padres, hermanos amigos etc.).

El punto de partida para dicha tarea es la teoría freudiana, siempre a la luz de una fidelidad y rigurosidad teórica que no obstruya críticas pertinentes en los desarrollos que hemos heredado de Freud. Por consiguiente se exponen algunos desarrollos del concepto de género en la teoría psicoanalítica, concepto introducido por Stoller y reivindicado por psicoanalistas afines a la teoría feminista. Para luego abordar algunas ideas introducidas por Jean Laplanche y otros teóricos que han sucedido su pensamiento.

Palabras clave: género, identidad masculina, sexualidad.

Abstract

The following work is a reflection about the construction of the masculinity. Taking as a reference the contemporary theories of gender and psychoanalytic's theory, it tries to revise the concept of gender according to the psychoanalysis point of view. It is tried to discuss which is the main core of the fundamentals that emphasises on the construction of the male's identity; such as social process and the psychoanalitics bases that focuses on the first social groups that have a relation with the boy (parents, siblings, friends, etc).

The starting point for this work is the freudian theory, trying to follow it with fiedelity and rigour that doesn't obstruct the relevant critical development that we have inherited from Freud. Therefore in this work some developments of the gender's concepts of the psychoanalytic's theory are exposed. The concept of gender has been introduced by Stoller and has been reclaimed by feminists psychoanalists. Finally this work will develop some ideas introduced by Jean Laplanche and some other theorists that had followed his ideas.

Introducción.

Los enunciados que se presentan a continuación se enmarcan en un trabajo para ser presentado como final de grado. La cuestión convocante es la reflexión acerca de la construcción de la masculinidad. Dicho así, el tema pareciera ostentar un abordaje inacabable. Los enunciados que guían esta reflexión tienen su anclaje en el pensamiento psicoanalítico, así también como en algunas teorías contemporáneas del género.

Desde hace tiempo se sabe que las elecciones de un objeto de reflexión, no son azarosas. Por lo tanto la justificación del psicoanálisis como sustento teórico a lo largo de este trabajo tiene que ver con la profundidad de la teoría, con un profundo correlato con los modos en que Freud nos legó una nueva visión del ser humano.

Antes de continuar, debiera reparar, en el porqué, de la elección del tema. Los últimos años en nuestro país se han suscitado numerosos cambios que merecen la pena considerar. La visibilidad de casos de violencia de género, nuevas normativas respecto a los modos en que las personas deciden vivir sus elecciones sexuales, me refiero al matrimonio entre personas del mismo sexo, el cambio de nombre en quienes su genitalidad no coincide con el modo de vida que quieren llevar. Todo esto interpela las categorías de masculinidad y hace que aparezcan discursos de todo tipo. Desde reivindicaciones religiosas hasta postulados académicos, en pro o en contra de dichos acontecimientos.

Desde este punto de vista, se entiende pertinente recurrir a la teoría como forma de comprender los diferentes modos con que cada sujeto se posiciona frente a los cambios, sean estos, avances o retrocesos.

El psicoanálisis emerge como un nuevo conocimiento acerca del ser humano. En 1900 Sigmund Freud publica *La interpretación de los sueños*. Postulando un modelo de aparato psíquico desconocido hasta el momento. Como se retoma en párrafos posteriores la clínica con la enfermedad mental, más precisamente con la histeria desprenden una serie de postulados que forjan los cimientos del psicoanálisis no solo como teoría sino también como forma de comprender lo psíquico, lo subjetivo y porque no, el padecimiento de lo humano en general. Desde sus inicios, el psicoanálisis ha ido sufriendo cambios respecto a la teoría, la creación de diferentes escuelas, pensamientos más biologicistas o más anclados en lo social. Pero de todos modos algunas cualidades de la teoría están presentes en todas las formulaciones teóricas, ningún psicoanalista, podría negar la existencia de la sexualidad infantil. Si es cierto, quizá la sexualidad infantil sea comprendida de diversas maneras, sea conceptualizada de formas diferentes. Así como también el inconsciente, como el discurso que no se sabe, también es otro concepto que permanece en el *corpus* psicoanalítico, siempre a la luz de reformulaciones, como también el propio Freud lo hizo. Estos conceptos son cruciales a la hora de pensar la construcción de la masculinidad.

Se entiende que arrojar nuevos conocimientos no es un tema sencillo y tampoco fuera de la época en la cual cada sujeto está inmerso. En tal sentido, se debieran considerar las siguientes palabras:

“será justamente en el crepúsculo de una cultura, cuando un mundo agoniza y otro nuevo pugna por aparecer, que alzará el vuelo la mascota de Minerva, la diosa de la sabiduría. La filosofía - y porque no el psicoanálisis- no podrá salvar ese mundo envejecido. Llega siempre tarde para ello” (la frase entre guiones no pertenece al texto original).(p.40 <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1276296424.pdf>)

Capítulo I

Antecedentes freudianos.

A partir de las siguientes líneas, se expondrán algunas ideas de la obra Freudiana. De modo tal que, se puedan vislumbrar algunos conceptos y los límites que estos nos dejan a la hora de pensar líneas teóricas que den cuenta del problema de la construcción de la masculinidad.

La creación y el posterior desarrollo de la teoría psicoanalítica, tiene una de sus más importantes bases en el trabajo de Freud con sus pacientes histéricas. El mismo había descubierto que los síntomas de estas pacientes tenían relación con recuerdos que provenían de la infancia. La incipiente clínica freudiana se había encontrado con pacientes histéricas que habían sufrido alguna clase de *trauma psíquico*. Llevado adelante por un adulto estas pacientes habían sido víctimas de profundos abusos. Con el paso del tiempo y la mayor experiencia clínica, Freud renuncia a creer que todas sus pacientes fueran víctimas de abusos en la infancia y releva la teoría del trauma a la teoría de la fantasía. (Freud, 1897, p. 301)

En un texto publicado en el año 1898, “La sexualidad en la etiología de las neurosis” Freud dice lo siguiente;

“Y es que los sucesos e inferencias que están en la base de toda psiconeurosis no corresponden a la actualidad, sino a una época de la vida del remoto pasado, por así decir prehistórica, de la primera infancia, y por eso no son consabidos para el enfermo.” (p 261).

En la cita anterior se puede observar el papel preponderante de la sexualidad en las neurosis. Unos años después con la publicación de Tres ensayos de teoría sexual dada a conocer en 1905 Freud manifestaba lo siguiente, “forma parte de la opinión popular acerca de la pulsión sexual la afirmación de que ella falta en la infancia y solo despierta en el período de la vida llamado pubertad.” (p.157) Freud haciendo un análisis acerca de la sexualidad infantil, relaciona el estado de amnesia infantil con los

fenómenos histéricos. Pues bien, recordemos que Freud sería quien daría un estatuto diferente a esos fenómenos histéricos, la cura por la palabra, la asociación libre, entendemos, son cruciales en lo que respecta a este novedoso descubrimiento para la época. Por lo que no se trata de un elemento caprichoso, -la introducción de la sexualidad en la infancia- sino de algo que se desprende de un Freud con los ojos bien abiertos ante los hechos de su propio trabajo en la clínica.

En “Las exteriorizaciones de la sexualidad infantil” (1905) Freud nos propone un ejemplo bastante claro, se trata del chupeteo, podríamos pensarlo relacionado al objeto parcial, el pecho, que si bien tiene una función nutricia lo que a Freud le interesa es mostrar lo que está más allá de esa función, se trata de la sexualidad, de hecho propone asemejarlo a un orgasmo. “La acción de mamar con fricción cautiva por entero la atención y lleva al adormecimiento o incluso a una reacción motriz en una suerte de orgasmo” (p. 163) Aquí es como se puede ir vislumbrando como Freud se aparta del discurso popular acerca de la sexualidad en la infancia. -Ese primer objeto además es el que Laplanche señalará, como el primero de la sexualidad pero que a su vez no .es un objeto real-. Debemos señalar también, que en este caso la pulsión es autoerótica, no está dirigida sino a la persona misma. (Freud, p. 164)

Con el paso del tiempo el niño deberá ir renunciando a su autoerotismo, en la medida que se genere un encuentro con quienes están a su cargo. Cito un pasaje de Freud:

En este punto, como lo señaló la sutil Lou Andreas-Salomé [1916], el mundo exterior se le enfrenta por primera vez como un poder inhibitor, hostil a sus aspiraciones de placer, y así vislumbra las luchas externas e internas que libraré después. No debe expeler sus excrementos cuando a él le da la gana, sino cuando otras personas lo determinan. Para moverlo a renunciar a estas fuentes de placer, se le declara que todo lo que atañe a estas funciones es indecente y está destinado a mantenerse en secreto. En este momento, por primera vez, debe intercambiar placer por dignidad social. (Freud, 1917, pp. 287-288)

Freud, en la conferencia 20, publicada en Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis vuelve a insistir con apartar la función reproductiva de la sexualidad de los seres humanos. Al respecto dice lo siguiente;

“...si convierten a la función de la reproducción en el núcleo de la sexualidad, corren el riesgo de excluir toda una serie de cosas que no apuntan a la reproducción y, no obstante, son con seguridad sexuales, como la masturbación y aun el besar.” (p. 277)

Ahora bien, el análisis de estos postulados hace resaltar la idea de un objeto sexual que no está predeterminado como en el caso de los animales. Aquí podemos ver la diferencia entre pulsión e instinto. El instinto guía la reproducción, tiene como meta la misma. Introducir una sexualidad pulsional y no instintiva nos vuelca al problema de perversión. En la conferencia número 21, de Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Freud dice lo siguiente:

Como si nadie pudiera olvidar que no son sólo algo abominable, sino también algo monstruoso, peligroso; como si se las juzgara seductoras y en el fondo hubiera que refrenar una secreta envidia hacia quienes las gozan, quizá como lo confiesa el landgrave castigador en la famosa parodia de Tarttthduser. (1916-1917, p. 293)

Tanto el estudio de las perversiones como también la sexualidad infantil, son las que le permitieron a Freud desarrollar el concepto de sexualidad en el psicoanálisis. Una sexualidad alejada de la reproducción y del instinto. Cuestión revolucionaria en el campo del conocimiento acerca de lo humano. El objeto de deseo para el psicoanálisis proviene del encuentro con el otro. Y tiene su fundamento en las primeras actividades erógenas entre el adulto y el niño pequeño. Por lo tanto la identidad masculina, no es algo azaroso sino más bien al igual que como sucede con la creación del objeto nace de un encuentro entre el niño sexuado y un adulto también sexuado pero con diferencias acerca del conocimiento y la exteriorización de esa sexualidad.

Otro aspecto a destacar en la teoría psicoanalítica, sobre todo en aquellos desarrollos que tienen que ver con los planteos de Freud, el problema de la primacía del pene ha sido una de las cuestiones más notorias a la hora de vincular al psicoanálisis con los problemas del género. Respecto a esto el postulado freudiano dice lo siguiente:

“El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.”
(Freud, 1923, p. 146)

¿Qué nos dice esta aseveración? Para el pequeño varón, la diferencia anatómica sexual no existe. Su percepción está basada en que todos los seres humanos tienen un pene, al igual que él. Por otro lado este órgano representa una parte muy preciada de su cuerpo. Cuando el niño advierte que, en el caso de la niña no hay presencia de un pene, atribuye, esa falta a la creencia que en algún momento le crecerá. Aunque después ello se invierte y el niño cree que allí donde falta un pene en realidad lo hubo pero fue quitado. “La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona” (Freud, 1923, p. 147)

Ahora bien, según Freud el desprecio a la mujer así como la predisposición a la homosexualidad tienen su fundamente en la falta de pene observada por el niño “Es notorio, asimismo, cuánto menosprecio por la mujer, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del convencimiento final acerca de la falta de pene en la mujer.” (p. 148)

El niño, no llega a creer que todas las mujeres han perdido su pene. Sino aquellas que han incurrido en “las mismas mociones prohibidas en que el mismo incurrió”. Al parecer para el niño pequeño desde este punto de vista de la teoría hay dos tipos de mujeres, las que tienen pene y las que no. ¿Acaso hay alguna similitud, cuando en la vida adulta vemos esa marcada escisión en aquellas mujeres dignas de ser esposas,

madres, hermanas, y aquellas dignas solamente de ser propiedad asidero del goce sexual y de la dominación?

Para Freud, antes de la organización genital infantil, no existe tal cosa como masculino y femenino. Sino que la diferencia es entre activo y pasivo. Pero luego con la primacía del pene -falo en la teoría freudiana- advendrá la dicotomía entre genital masculino y castrado. Será, según el autor, hasta la pubertad en que se pueda llegar a la diferencia masculino-femenino. En tanto que: “Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad” (p. 149)

En un texto escrito en 1924, denominado “El sepultamiento del Complejo de Edipo” Freud procura esclarecer las diferencias entre la sexualidad del varón y de la niña. Es aquí donde cabe destacar que diferentes escuelas del pensamiento psicoanalítico han teorizado de manera diferente al Complejo de Edipo. De todos modos, en el propósito de comprender la identidad masculina, se cree conveniente hacer hincapié en esta primera explicación dentro del campo psicoanalítico, de la sexualidad. Por lo que para este momento, según Freud el complejo de Edipo llega a su fracaso debido a la imposibilidad que el mismo sostiene y también debido a una etapa evolutiva en el proceso biológico.

El adulto comicia hacia el varón una amenaza, la de castración. Si bien al principio el niño no repara en esta amenaza, hasta observar los genitales de la niña. La ecuación es: si a la niña le han quitado el pene, a mí me puede suceder lo mismo. El camino que sigue aquí es sepultar el complejo de Edipo y su posterior identificación con aquel padre potencialmente castrador. Se podría entonces deducir que la identificación con el padre o bien con la masculinidad es una resolución basada en un adulto peligroso. Que implica ser como los hombres para no ser atacado por ellos. Aquí se puede observar la siguiente cita de Freud:

“La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto. Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente

acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas.” (p. 184)

Capítulo II

Los estudios de la mujer o ¿la exclusión de lo masculino?

El culturalismo de Horney

Para Stephen Mitchell y Margaret Black en “Más allá de Freud” (2004) “la contrapartida de la postura clásica biologizante de Freud fue el culturalismo que surgió en las décadas de 1930 y 1940 en las obras de Karen Horney, Clara Thompson y otros autores de la línea interpersonal” (p. 342) según sostiene Mitchell y Black las diferencias de género, para estas psicoanalistas postfreudianas, eran el resultado de los significados sociales que se atribuían a las diferencias anatómicas. (p. 342)

Horney psicoanalista Alemana, radicada en Estados Unidos consideraba un insulto las ideas freudianas acerca de la diferencia anatómica y la envidia de poseer un pene, que de estas teorías se desprendían. Como Roudinesco señala, es en el congreso de la IPA de 1922, que ensaya una contestación a Abraham quien no solo era partidario de la envidia del pene sino que además había sido su analista. (p. 499) Sería Horney quien en 1926 afirmaría que la sociedad reprime el deseo de maternidad de los hombres (p. 499)

En La personalidad neurótica de nuestro tiempo (1993) Horney sentenciaba lo siguiente “en realidad las condiciones culturales no solo dan peso y color a las experiencias del individuo; en última instancia determinan así mismo su forma peculiar” (p. 9)

Antecedentes del concepto de género en psicoanálisis.

De todas maneras se debe decir que el término género, como nos propone Roudinesco, en su Diccionario de Psicoanálisis (2008) fue utilizado por primera vez en la literatura psicoanalítica por Robert Stoller en 1964. Este concepto trataba de distinguir el sexo (anatómico) de la identidad sexual “en el sentido social o psíquico”.

Evidentemente analizando lo que propone Roudinesco se podría pensar que desde el principio, el problema de la identidad está marcado por lo social y por lo psíquico. Ahora bien, si tenemos en cuenta que social y psíquico no tiene por qué ser sinónimos, es aquí donde cabe la pregunta ¿la identidad es social o es psíquica? ¿Cómo podemos pensar una identidad sin caer en un culturalismo a ultranza? Y en contrapartida, como podemos decir que es psíquica sin caer en el endogenismo?

Roudinesco señala que: “el género es una entidad moral, política y cultural, es decir una construcción ideológica” (p. 409)

Entonces, ¿la identidad de género es una construcción ideológica? Podríamos señalar que Stoller, es un pionero en decir que la cuestión del sexo anatómico, no siempre camina de la mano de la identidad que se espera, para ello se valió del estudio del travestismo, situación en la que el sexo, no coincide con la identidad a la que se aspira. Pero, ¿quién espera esta identidad? En este sentido si podríamos decir que esperar una identidad es una cuestión social y por lo tanto ideológica. El problema es, quizá que, lo que se espera no define la propia identidad. Para revisar este asunto la propuesta es recorrer algunas ideas acerca de la historia de los estudios de género para comprender el marco que hace a la cuestión de la identidad.

Feminismo y psicoanálisis: ¿teorías opuestas?

Cabe señalar que los estudios de género tienen como antecedente lo que las primeras teóricas feministas acuñaron como “estudios de la mujer” en los años 70. Según señala Juan Carlos Volnovich en el prólogo a la versión en castellano de “Sujetos iguales, objetos de amor” de Jessica Benjamin, (1997) el término estudios de la mujer quedaba preso de criterios discriminatorios al considerar a la mujer como objeto de estudio sin visibilizar todas las intersectorialidades como raza, color, edad,

aspectos socio culturales, etc. Fue entonces de se dio paso al interés por los estudios de género en la academia. (p. 25)

Volnovich sitúa a teóricas como Kate Millet, Simón de Beauvoir, Betty Friedan entre otras, como las feministas en proponer teorías alejándose del psicoanálisis. Criticando que el falocentrismo propio de las teorías psicoanalíticas imperantes, no hacía otra cosa que justificar los estragos del patriarcado.

Ubicada dentro del campo psicoanalítico y el feminismo Nancy Chodorow se desplaza en su teoría, a la relación de la madre con su hija haciendo el siguiente análisis; -la cita es de Volnovich- “la dependencia que las mujeres sostienen con respecto a los hombres está, estrechamente relacionada con la ausencia del padre durante la crianza, y es por eso que, de grandes, las mujeres tienden a sostener la imagen infantil de una madre todopoderosa, eludiendo asumir su autonomía y su independencia instalándose en relaciones de subordinación con los hombres.” (1997, p. 28)

La crítica a Chodorow reside en un posicionamiento sociologista con respecto a la relación de la madre con su hija. Y a su lectura del psicoanálisis.

La obra de Juliet Mitchell *Psicoanálisis y feminismo* (1974) alcanza su fecundidad por ser de las primeras autoras en introducir el pensamiento psicoanalítico al feminismo. En este sentido es contundente y afirma lo siguiente, respecto a las ideas del psicoanálisis. “Si estamos interesados en comprender y rechazar la opresión de la mujer, no podemos permitir el lujo de subestimarla” (p. 9)

Mitchell es un fuerte antecedente crítico respecto al pensamiento feminista que se alejaba de las teorías psicoanalíticas a la hora de reivindicar el lugar de las mujeres en la sociedad. Esta autora se vale de Freud para sostener que la normalidad es un compromiso que se tiene con la realidad y sustenta la siguiente idea “negar que existe algo más que la realidad externa nos conduce a la misma proposición: es una negación del inconsciente” (p. 29)

De esta manera se aleja de las ideas imperantes en el feminismo respecto a la obra de Freud. Reivindica el término normalidad sosteniendo que la misma en psicoanálisis no puede ser pensada como una concepción de salud. Pero también introduce el inconsciente freudiano y advierte sobre los peligros de la negación del mismo:

Tal negativa también afecta el concepto del niño. Sin la noción de una mente inconsciente sólo hay tres posibilidades para una descripción de la infancia. El niño puede ser un adulto en miniatura perfectamente racional, que aprecia en forma correcta la realidad social; puede transformarse en el centro ausente de un mundo de otros; solo es visto cuando los otros lo relacionan con ese mundo; o, por último el niño puede, sencillamente, evaporarse de la historia. (p. 29)

Por otra parte en la obra de Mitchell antes citada, se propone la idea, que, ya Freud había sostenido que es la cultura la encargada de determinar ciertos comportamientos de la mujer. Para fundamentar citaré el siguiente pasaje: “Como Freud también señaló, el hombre tiene más oportunidades de abordar las así llamadas perversiones sexuales; la mujer, cuya actividad sexual está más restringida por la sociedad, debe conformarse con un síntoma neurótico” (p. 26)

Retomando a Volnovich, el problema de Mitchell, es haber quedado presa de una lectura lacaniana de Freud y no haber superado el falocentrismo psicoanalítico. (Volnovich, 1997, p. 27)

Capítulo III

Pensar el género sin olvidar al psicoanálisis

Las teorías contemporáneas respecto al género en psicoanálisis

La cuestión del psicoanálisis y el feminismo ha sido siempre bastante compleja y paradójica, como señala Emilce Dio Bleichmar, (2002) el feminismo ha denunciado que las teorías freudianas son esencialistas y que por lo tanto sus postulados dejan a la mujer en un lugar de subordinación. Aquí se presenta la cuestión de la anatomía como algo normativo. Por otro lado el psicoanálisis denuncia al feminismo como algo ideológico y que proviene de una crítica cultural que nada debería importar a las ideas freudianas. (p. 1)

Ahora bien, ¿dónde reside la paradoja? Dio Bleichmar sostiene lo siguiente:

“tanto el psicoanálisis como el feminismo operan con métodos deconstructivos, cuestionadores de la razón pura, analíticos, históricos, formando parte del *corpus* del pensamiento crítico. De manera que el feminismo, aun condenando el fuerte androcentrismo del psicoanálisis, reconoce que éste ofrece una herramienta inigualable para la crítica y deconstrucción del *fallogocentrismo*”.
(Dio Bleichmar, 2002, p. 2)

Es, en este sentido que venimos proponiendo, donde la autora nos trata de mostrar dos lógicas diferentes, del deconstruccionismo que opera en ambas teorías. Por lo que al tomar el lema de Kate Michel lo personal es político, señala que el psicoanálisis hace lo contrario. Como si se tratara de “lo político es personal” (p. 10)

Es decir, el psicoanálisis trataría de investigar, deconstruir, ya que venimos utilizando el término, aquello que desde lo social-cultural impacta en el psiquismo de los sujetos.

Ahora bien, la cuestión aquí no es tan sencilla, quiero creer que Dio Bleichmar se corre de una teoría culturalista. Y aquí se nos presentan dos inconvenientes, por un lado la esencia y por el otro la cultura. Hemos venido tratando de ir cuestionando, aquello que pretende ser dado de antemano, es decir la esencia de lo biológico, la idea de que la anatomía es el destino nos parece poco sostenible. Nos toca a partir de aquí interrogarnos en la cuestión del impacto social en las construcciones intrapsíquicas respecto de la identidad masculina. Para lo cual nos vamos a valer de un texto que tiene su anclaje en lo social pero que no podemos desconocer si pretendemos desmadejar la cuestión de la identidad, Se trata de XY la identidad masculina de Elisabeth Badinter.

Según Badinter (1993) la identidad masculina se define por lo que no es femenino, es decir al niño pequeño le toca salir de la posición pasiva en la que ha quedado por haber nacido de una mujer y venir de un vientre femenino. Esta es una lucha que, siguiendo esta autora, el pequeño deberá emprender para llegar a constituirse como masculino. A propósito podríamos citar el siguiente pasaje del texto señalado; “tres veces tendrá que demostrar su identidad masculina convenciéndose y convenciendo a los demás que no es una mujer, de que no es un bebé, de que no es un homosexual.” (p. 62)

Poder alcanzar estas tres negaciones implica ocupar un lugar activo y sólido, sin caer en la angustia que su contrario implicaría. Badinter ubica a la masculinidad como el sexo débil postulando que la identidad del varón es frágil y que resulta más importante para el mismo que la femineidad para la mujer.

Para hacer esta aseveración se vale de los conceptos propuestos por Stoller quién criticando a Freud el carácter masculino primario en la niña propondrá que es en la diada madre-bebé que el pequeño varón deber sortear su identificación con la madre. Al respecto cito lo siguiente; “esta identificación preverbal que contribuye a la

creación de la feminidad se convierte en el caso del muchacho en un obstáculo que debe superar” (p. 87)

Las ideas de Badinter resultan tentadoras y muy sólidas. Pero debemos señalar que esos mensajes que da la madre a su hijo, no son iguales en el caso de la niña que del niño. Más complejo se torna aún si pensamos que la madre que describe Badinter no está exenta de sus propios deseos inconscientes. Parafraseando a Laplanche (2001) la madre se dirige al niño con su triángulo edípico a cuestas. Habría entonces que revisar si la madre y el niño que nos propone Badinter no es el resultado de una trama sociológica despojada de los deseos inconscientes y de las concepciones de femenino y masculino que de estos resultan.

Varones, pensamiento psicoanalítico actual; Volnovich- Dio Bleichmar.

Las siguientes líneas se ocuparan de un texto de Juan Carlos Volnovich, editado por segunda vez en 2010. Ir de putas, reflexiones acerca de los clientes de la prostitución. Con este título es que el autor pretende analizar o mejor dicho reflexionar, así es como se presenta, como una reflexión, acerca de los hombres que consumen prostitución. La profundidad del texto de Volnovich nos alerta que esta no es una descripción ingenua, de quienes tienen como práctica habitual el consumo de la prostitución, sino más bien aquellos aspectos que hacen a la construcción de un varón capaz de llegar a consumir sin perder los códigos de honor como el mismo autor señala, con la particularidad de ser hombres ocultos, aquellos de los que no se habla, inclusive cuando se postula la prostitución como objeto de estudio.

La escena de la prostitución ritualizada –señala Volnovich- no es ni más ni menos que el ejercicio de dominio. Puesta en acto que despliega aquel encuentro de la madre con su bebé. Dialéctica permanente entre pasivo-activo. Bebé pasivo, madre activa y castigadora.

“Hay algo de resto traumático de una seducción infantil que esta escena repite. En el culto de la virilidad, el ritual que tiene al prostíbulo de parroquia y la

prostituta por sacerdotisa, se despliega el intento fallido de convertirse en hombres.” (p. 32)

Habría que detenerse en dos aspectos de esta frase. Por un lado aquello que se menciona como resto traumático y en un segundo momento el intento fallido de convertirse hombre. Lo primero, nos habla de aquello que queda en el psiquismo de quien intenta devenir varón. Intenta, en el entendido que, la masculinidad se presenta como un ideal, al que el varón deberá dedicar agudos esfuerzos por alcanzar. Lo fallido, nos habla de incompletud. Nunca se es. Y al no ser, la identidad queda rodeada de cuerpos persecutorios a los que se deben dominar. El cuerpo de la mujer por ejemplo, si no se domina, es peligroso. En este sentido, podría decirse, el acto violento es el intento fallido de masculinidad. Y vaya si la prostitución es un acto violento.

Volnovich nos habla de la idea de un varón que debe hacer-se hombre. Partiendo de la noción que el cuerpo del niño, a partir de la diferencia anatómica con su madre ocupa un lugar de ajenidad para la misma, al contrario de la niña, ella debe ser como su madre, deberá ser femenina. Al respecto plantea el siguiente enunciado: “la madre ve en su hija a una igual, allí donde percibe a su hijo diferente a ella: un extraño. El cuerpo de la hija es para la mujer una duplicación, una continuación de lo mismo.” (p. 39)

Al decir del autor, la niña, queda instalada en una posición cómoda (menos persecutoria) respecto a su femineidad, en cambio el niño y luego el adulto, debe recurrir a la violencia y al dominio para devenir varón. El poder aquí se aboca, al poder sobre los cuerpos de las mujeres, en tanto, *poder no ser* una mujer.

Para acompañar sus hipótesis Volnovich se vale de una cita de Stoller, que nos propone lo siguiente:

“Ser rudo, escandaloso, pendenciero, maltratar a las mujeres, convertirlas en fetiches; buscar la amistad de los hombres pero odiar a los homosexuales; hablar groseramente despreciar las ocupaciones femeninas. Todo esto es parte del estereotipo que confirma la virilidad y permite tener la conciencia bien tranquila por haber cumplido con nuestro deber. ¿Cuál es ese deber? El primer deber de todo hombre es: no ser mujer” (p. 41)

Hasta aquí se ha mostrado que la masculinidad resulta reaccionaria, se define por su negativa, ser varón es no ser mujer. Se observa en los actos que la masculinidad necesita, por ejemplo la violencia, para constituirse. De todas maneras no queda del todo claro de dónde parte este imperativo de ser varón. Dicho de otra manera; ¿por qué quedar en una posición femenina o pasiva puede ser tan terrible y o amenazante para un varón?

Pensar alguna respuesta a este interrogante nos lleva a la lectura que Volnovich hace de Freud.

Freud postula la idea de falta de pene para dar respuesta a la desvalorización de la mujer. En Ir de putas aparece citado su texto “La Femenidad” la cita es la siguiente: “la falta de pene en la mujer desvaloriza a ésta tanto ante los ojos de la niña como ante los del niño, e incluso más tarde ante los del hombre” Al parecer, el varón queda en una posición más ventajosa que la mujer. El hombre mediante la presencia del pene, queda ubicado en un mejor lugar y porta un mayor valor. Pero esta es una idea que merece ser revisada.

Otra mirada lleva a pensar, que aquello que valoriza -el pene- también genera un tipo de ansiedad que se desprende del deber ser viril para poder hacer honor al órgano que se porta. Al parecer la posición de tener, no tranquiliza para nada a los varones. Al respecto Volnovich dice:

“Más bien se sienten atormentados, totalmente sometidos a un imperativo de rendimiento viril que descansa casi pura y exclusivamente en la turgencia del pene. El pene, simultáneamente símbolo de la omnipotencia –y /o de la más extrema debilidad- se ubica en el lugar de un amo despótico.” (p. 43)

Se podría sentenciar que ser varón y preciarse de la masculinidad es un camino arduo, difícil, no menos ansioso y angustiante.

Revisando la teoría freudiana Volnovich introduce el incesto, como portador de una escisión entre la ternura y la sensualidad. La mujer amada por el varón no puede ser deseada y la deseada no puede ser amada. (p. 46). Desde esta óptica, la mujer a la cual el varón puede dedicar la corriente más tierna, aparece como corolario de la relación infantil que este tuvo con su madre. Aquel resto, que viene de la infancia en la cual una mujer dedicó toda su ternura, dejó su huella inconsciente. Llegada la vida adulta desear a una mujer cuyo encuentro actualiza aquellas huellas reprimidas, tiene el estatuto de llevar a cabo el incesto. Ternura y deseo sexual representan una mezcla peligrosa.

Emilce Dio Bleichmar en “La sexualidad femenina de la niña a la mujer” (1997) plantea diferencias en cuanto a la legitimación del varón y de la niña respecto a los comportamientos sexuales. Según la autora en el varón se da una legitimación de su erotismo en público, tocarse los genitales por ejemplo sin que ello ocasione ningún tipo de problema respecto a su narcisismo. En la niña esto se encuentra totalmente vedado, en ese sentido sentencia lo siguiente: “...si llega a explorar sus genitales o hacer el mínimo gesto en torno a ellos es clasificada y se autodefine como comportándose de una manera en que el narcisismo del yo queda seriamente afectado.” (p.379)

La posición que toma Dio Bleichmar respecto a la sexualidad de la mujer tiene su fecundidad. Ahora bien, ¿dónde radica el problema en la propuesta de esta autora? Ella considera que el varón se encuentra mejor posicionado que la niña. Según plantea “el varón no se siente perseguido; su sexualidad infantil cuando es despertada por algún estímulo erótico es tramitada intrapsíquicamente en secreto, con autonomía y por tanto con menor sentimiento de culpa o persecución.” (p. 379) Pero, en ello desconoce el peso que representa para el varón tener que cumplir con habitar una masculinidad que es impuesta, que a priori puede tener cierto disfrute pero que trae paralelamente un pago simbólico. Ya no es, **puedo** tocarme los genitales públicamente porque tengo mayor poder, sino un **debo** tocarme los genitales para alcanzar ese poder. Al parecer al invertir la perspectiva de Dio Bleichmar el varón no queda en un lugar mejor posicionado respecto de la niña.

Algunas referencias a la obra de Judith Butler.

El pensamiento de Judith Butler, se ha transformado en un referente oficial a la hora de pensar acerca de las problemáticas de género. Su obra es extensa y extremadamente compleja. A continuación partiendo de la pregunta que la propia autora se hace, se describen algunas ideas tomadas del reconocido caso del doctor Money: ¿En quién puedo convertirme en un mundo donde los significados y los límites del sujeto están definidos para mí de antemano? (Butler, 2004, p.90)

A continuación se presentará el caso de David Reimer, un niño que tras una cirugía, le fue quemado su pene. Después de este acontecimiento, los padres del niño decidieron acudir a la ayuda del Doctor Jhon Money. David tenía al momento de la cirugía ocho meses de edad, la cirugía intentaba corregir un problema de fimosis. El médico encargado de la operación decidió utilizar una máquina nueva. Como se ha podido observar la cirugía no resultó como se esperaba y ocurrió el accidente. Antes de continuar es pertinente aclarar que la historia de David fue publicada en varias revistas psicológicas y médicas así como también en cadenas de televisión. En esta oportunidad se tomará la historia descrita por Judith Butler en su libro “Deshacer el Género” publicado en el año 2004.

Después de un año de ocurrida la cirugía los padres de David escucharon que el doctor Money proponía la teoría de que un niño, antes de los dos primeros años de vida podía ser criado exitosamente con un género al contrario que le fue asignado al momento del nacimiento. Tal como lo describe Butler; “David reconocido por el equipo médico de la John Hopkins University y el doctor Money recomendó energéticamente que David fuera criado como una chica.” (2006, p. 92)

Podríamos pensar que el caso de Money ha tenido varios análisis dudosos. Por un lado aquello que frente al fracaso de este médico, postularon una idea bastante esencialista, argumentando que el género es algo dado y encadenado a la diferencia anatómica. Y por el otro lado, aquellos que, quisieron hacer estallar la idea de que la anatomía es el destino. En ese sentido podríamos decir que para uno u otro argumento quizás el caso de Money no haya sido el mejor justificativo. Quizás porque

también Money era el único interesado en la femineidad de Brenda de tal modo de justificar sus teorías respecto al género.

En tanto el análisis que hace Judith Butler refleja una crítica a las premisas obtenidas de otros análisis del caso. Se podría destacar algo interesante, se trata de separar la idea de normalidad de naturaleza. Es decir Butler de manera sutil, refuta aquello de, lo natural es lo normal, y que estos conceptos parecen siempre ir de la mano. En tal sentido Butler propone lo siguiente:

Mientras que el instituto de Money consigue transexuales que aleccionen a Brenda en los modos femeninos *en nombre de la normalización*, los endocrinólogos prescriben a David el protocolo de cambio de sexo de la transexualidad con el fin de que reafirme su destino genético *en nombre de la naturaleza*. (La cursiva pertenece al texto original) (p. 101)

Zygmunt Bauman comentando la obra de Butler “Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales del sexo” expresa lo siguiente, la cita es extensa:

Sin embargo, parece que la oposición entre naturaleza y cultura no es el mejor marco dentro del cual inscribir los dilemas actuales de la encrucijada sexo / género. La verdadera discusión es hasta qué punto los diversos tipos de inclinaciones / preferencias / identidades sexuales son flexibles, alterables y dependientes de la elección del sujeto. Pero las oposiciones entre naturaleza y cultura y entre “es un tema de elección” y “los seres humanos no pueden evitarlo no hacer nada al respecto”, ya no se superponen como lo hicieron durante la mayor parte de la historia moderna y hasta no hace mucho tiempo. En el discurso popular, cultura significa cada vez más esa parte heredada de la identidad que no puede ni debe ser molestada (sin riesgo para quien se meta con ella), mientras que los rasgos y atributos tradicionalmente clasificados como “naturales” (hereditarios, genéticamente transmitidos) suelen ser considerados como dóciles a la manipulación humana y, por lo tanto, de libre elección, una elección de la cual, como sucede con toda elección, la persona se deberá sentir responsable y así lo será ante los ojos de los demás. (<http://judithbutlerenespanol.blogspot.com/>, 2013, p.2)

Se podría pensar que para Butler tanto como para Bauman en su comentario citado anteriormente, aparece el problema de la elección. Pero este problema queda supeditado a las libertades con que el sujeto cuenta para poder elegir. Y aquí es donde aparecen las diferentes líneas discursivas que procuran entender al sujeto. Si es la biología, si es la cultura, la naturaleza etc. Las banderas se levantan por una, por la otra o quizá por todas a la vez.

La idea de Butler de que hay otras formas de justificar la incidencia de lo social en el género es bastante convincente. De todas maneras quisiera destacar algo que Butler señala; el yo se da en un lenguaje preexistente un lenguaje que nos predispone y que encarna todas las normas de género. (2006, p.105)

Entonces el tema aquí, sería señalar quien predispone ese lenguaje, y esta podría ser una de las diferencias de la teoría psicoanalítica, al menos la línea que se propone trabajar aquí. Para el psicoanálisis y mejor dicho para Laplanche (2006) es el social y no lo social quien marca la identidad de género. Pero este último enunciado será propuesto en líneas posteriores.

Capítulo IV

De Jean Laplanche a Silvia Bleichmar, revisionistas freudianos.

Los aportes de Jean Laplanche

Jean Laplanche es un psicoanalista francés, teórico integrante de la Escuela francesa de pensamiento psicoanalítico. Fue discípulo de Jacques Lacan, pero luego toma distancia de las ideas de este. Es originalmente reconocido por su Diccionario de Psicoanálisis, publicado en colaboración con Jean-Bertrand Pontalis en 1967.

La obra de Jean Laplanche se enmarca en una nueva lectura de los postulados freudianos, el autor pretende ir despojando la metapsicología de lo que él denomina el “extravío biologizante” por lo tanto a la hora de pensar la constitución de una identidad masculina se nos hace imperioso poder visitar su obra, para ir desmarañando algunos conceptos que han quedado con un sesgo biológico en la obra de quien fundara las bases del pensamiento psicoanalítico, Sigmund Freud. Es decir una mirada crítica al pensamiento endógeno que tienen las teorías iniciales del psicoanálisis, donde los otros parecieran no tener demasiada importancia, o al menos supremacía respecto del endogenismo antes mencionado.

Como sostiene Laplanche la teoría de la sexualidad en psicoanálisis se da en tres dominios, en un primer lugar uno que tiene que ver con el trabajo de las histéricas, el otro campo es el de las neurosis actuales y por último el autoanálisis de Freud y la teoría de los sueños. (1984, p. 30) Para luego desembocar en lo que podríamos pensar como una de las más interesantes sistematizaciones de la sexualidad, hablo en este caso de tres ensayos para una teoría sexual publicada en 1905.

Podemos pensar al igual que lo hace Laplanche, en *Vida y muerte en psicoanálisis* (2001) que tres ensayos para una teoría sexual no pretende dar un acabado sobre la teoría de las perversiones. Sino más bien refutar la idea de una sexualidad imperante en el discurso de la época, tanto de la medicina como en el discurso vulgar. Ese, creemos, es un aporte crucial de la teoría psicoanalítica, es decir, contraponer la realidad fáctica, a la realidad del inconsciente y de cada sujeto en particular. “Lo esencial es, para Freud, mostrar cuan basto es este campo, casi universal y como su existencia destruye toda idea de un fin y un objeto determinados para la sexualidad humana.” (p. 25) mientras el discurso popular intenta atribuir la sexualidad a lo instintivo, por lo que podríamos decir, el objeto esta dado en función del sexo en cuestión.

En este sentido, sostenemos junto a Laplanche que la sexualidad no tiene un objeto de antemano, (p. 30) “por una parte existe desde el principio un objeto pero que

por la otra la sexualidad no tiene inmediatamente un objeto real” (p. 31) a propósito Laplanche sentencia citando a Freud;

“encontrar el objeto sexual es hablando con propiedad reencontrarlo concluye Freud en una fórmula que se ha hecho famosa y que nosotros interpretamos de este modo: el objeto a reencontrar no es el objeto perdido sino su sustituto por desplazamiento, el objeto perdido es el objeto de la autoconservación” (p. 32)

Haciendo referencia al texto antes citado, podemos ir vislumbrando como se desarrolla esta idea de una sexualidad, desde el comienzo de la vida hasta la muerte. El autor atribuye a la seducción, por parte de los adultos cuidadores la importancia de la sexualidad en el niño.

“hay en efecto, una seducción a la que prácticamente no escapa ningún ser humano: la seducción de los cuidados maternos. Los primeros gestos y actitudes de la madre para con el niño están necesariamente impregnados de sexualidad” (2001, p.50). ¿Entonces, es la sexualidad del pequeño ese “espacio” entre la seducción de los cuidados maternos y la decodificación por parte del niño? Se podría aquí ensayar la siguiente respuesta de Laplanche: “Es, pues, la excitación que despiertan los cuidados la que nos da un punto de partida para imaginar en que consiste, en su origen, la seducción” (p. 64)

A continuación citaremos algunas definiciones explicitadas por Laplanche en su artículo “el género el sexo y lo sexual” (2006) respecto a cada uno de los términos que el mismo posee.

“El género es plural. Suele ser doble, con masculino-femenino, pero no lo es por naturaleza. A menudo es plural, como en la historia de las lenguas y en la evolución social.” “El sexo es dual. Tanto por la reproducción sexuada como por su simbolización humana, que fija esa dualidad de manera estereotipada en: presencia/ausencia, fálico/castrado.” “Lo sexual es múltiple, polimorfo. Descubrimiento fundamental de Freud, encuentra su fundamento en la represión, el inconsciente, el fantasma. Es el objeto del psicoanálisis.”

La cita trata de ser exacta para de este modo llegar a la proposición que Laplanche plantea; “Lo sexual es el residuo inconsciente de la represión-simbolización del género por el sexo.” (p. 1)

Laplanche hace hincapié en el concepto de sexualidad ampliada. Propone a esta como el gran descubrimiento freudiano. Una sexualidad ligada por el fantasma, más que por el objeto. Y según analiza el autor, en la obra freudiana antes de la diferencia anatómica de los sexos se encuentra lo exterior, o sea, lo sexual pulsional.

¿Qué define a la sexualidad infantil? Según Laplanche lo prohibido. Aquello que el adulto prohíbe y para dar esta respuesta se basa en los textos de Freud, donde siempre se aclara que lo que más repugna al adulto es la sexualidad infantil. Por lo tanto, se puede concluir lo siguiente: “Por una suerte de petición de principio, lo sexual es reprobado por ser sexual, pero es sexual, o «sexual-pulsional», porque es reprobado. Lo sexual es lo reprimido; es reprimido por ser sexual.” (p. 3)

La crítica de Laplanche a la hora de introducir el género en psicoanálisis, propone discutir el binarismo sexo-género del feminismo. Es decir, Laplanche sostiene que las feministas sociólogas parten del sexo, el sexo es lo primero y el género es la traducción del sexo. Entonces el género viene a simbolizar al sexo, para el feminismo radical: “sexo antes que género, naturaleza antes que cultura, aún si acordamos «desnaturalizar» la naturaleza.” (p. 5)

Este autor que venimos trabajando plantea una de las ideas fundamentales de este trabajo. Laplanche señala con justos fundamentos, que el género es primero a la diferencia de los sexos. Se vale de la presencia del otro y esta es una crítica bastante importante al pensamiento freudiano, así como también al pensamiento feminista. Donde el llama ipsicentristas, a estas nociones, ya que se centran en el individuo mismo. Por lo tanto para esta línea de pensamiento el género es una asignación. Esta asignación no está basada en el acto único -crítica, aquí del significante lacaniano- sino en una serie de actos que vehiculizan mensajes inconscientes.

“La asignación es un conjunto complejo de actos que incluye el lenguaje y los comportamientos significativos del entorno. Podríamos hablar de una asignación continua o de una verdadera prescripción, en el sentido en que

hablamos de mensajes llamados «prescriptivos»; del orden del mensaje, entonces, incluso del bombardeo de mensajes.” (p. 8)

La asignación del género se inscribe en lo social. Pero lo que Laplanche nos dice es que, no es lo social quien realiza la inscripción. Sino un pequeño grupo que este denomina *socii*. ¿Quién es el *socii*? La madre, el padre, hermanos, amigos: “Es, pues, el pequeño grupo de *socii* el que inscribe en lo social, pero no es la Sociedad la que asigna” (p. 9)

Ya no cabe hablar de una identificación con, sino más bien de una identificación por. Por ese primer adulto que llena al niño de mensajes que deberá decodificar para volverse humano. Cabe recordar que los mensajes, son en última instancia una reactivación de lo sexual infantil del adulto. Entonces: si tuviéramos que rastrear al género. Podríamos hablar de asignación. De una asignación enigmática por el encuentro de la sexualidad infantil del adulto con el niño. Y podríamos llamar género – como sostiene Christophe Dejours en su Introducción al artículo de Jean Laplanche (2006)- “al conjunto de determinaciones físicas o psíquicas, comportamientos, fantasmas, etc., ligados a la distinción masculino-femenino. La distinción de géneros va desde las diferencias somáticas «secundarias» hasta el género gramatical, pasando por los hábitos, la vestimenta, el rol social, etc.” (p. 2)

La preocupación de Laplanche consiste en dar cuenta, como se puede pensar al género en el psicoanálisis. Sin caer en un sociologismo, es decir en creer que si el género es social, entonces, el sujeto es pasivo frente a ello y sin poder observar la actividad del niño frente a esos mensajes que le llegan. En este sentido el autor que se acaba de citar dice lo siguiente:

“el género sigue siendo una categoría social, pero su integración en la teoría sexual pasa por un análisis de la forma en que esta categoría es recibida y metabolizada por el niño. Para decirlo en términos más crudos: no habría una perennidad de la categoría social de género si el género no se reiterase en cada generación por intermedio del aparato psíquico del niño.” (Dejours, 2006, pp. 2-3)

Tratar de definir líneas que den cuenta de la construcción de la masculinidad implica tomar algunos posicionamientos respecto del psicoanálisis en la actualidad. En un principio se podría decir, implica un posicionamiento ético ante el mismo. Por eso como punto de partida y como posición ante el sufrimiento humano, a partir de aquí se

tomara la perspectiva de Silvia Bleichmar, quien siempre resulta un aire fresco por varias cosas, la originalidad de su pensamiento, la profundidad de su obra y el carácter crítico reflexivo que de ella se desprende. Este último es un punto a destacar. Ya que si se habla de crítica no se trata de acabar con los conceptos psicoanalíticos sino de hacerlos trabajar de otra manera. Implica entonces, lo que la propia autora señala; *separar el lastre de aquellos enunciados que aún tienen fecundidad*. Un ejemplo aquí sería, hacer referencia al complejo de Edipo, no se trata de decir que ya no existe más, porque la familia ha ido cambiando con el paso del tiempo, sino, de ver que se sostiene del descubrimiento freudiano y que está impregnado por los avatares de su época. Por lo tanto, como bien señala Bleichmar en *La Subjetividad en Riesgo* (2010), se trata de una problemática histórica y crítica:

“[...] es necesario tomar los paradigmas de base del psicoanálisis y, en muchos casos, darlos vuelta, “ponerlos sobre sus pies”, sacudirlos en todas direcciones para que puedan quedar en condiciones de ser reposicionados en el campo general de los conocimientos del futuro.” (p.120).

Si retomamos la noción de sexualidad infantil, que hemos venido proponiendo desde líneas anteriores con la idea de Laplanche de que no es algo endógeno del niño, deberíamos observar algunas cosas. Es sabido que el descubrimiento freudiano tiene dos aspectos al parecer respecto de la sexualidad infantil, uno tiene que ver con el carácter polimorfo de la sexualidad, pero paradójicamente otro que hace referencia a la resolución en última instancia del imperativo de la reproducción. Es decir, si bien en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) se separa la idea de sexualidad y reproducción, en última instancia para Freud el fin último es la reproducción y por ende la meta final de la sexualidad en la vida adulta. Esto está planteado, en términos de estadios y con un cierto evolucionismo en el sujeto, donde se debe atravesar ciertas etapas e ir dejando relegadas otras. (Bleichmar, 2010)

Ahora bien, en el texto de Silvia Bleichmar citado unas líneas anteriores la autora se pregunta acerca de los aportes de las teorías de género que como ella menciona han podido desprender el carácter ideológico con respecto a la biología como destino.

Dice Bleichmar: “Entre la biología y el género, el psicoanálisis ha introducido la sexualidad en sus dos formas: pulsional y de objeto que no se reducen ni a la biología ni a los modos dominantes de representación social.” (p.126) Quisiera mencionar también que es aquí donde Ana María Fernández (2013), critica que el psicoanálisis,

en no pocas ocasiones ha quedado sujeto a la idea de que la anatomía es el destino, haciendo una especie de sobreinterpretación sobre esta cuestión. “En la medida en que se combinaran debidamente *sexo biológico, deseo, género y prácticas eróticas y amorosas* en una identidad sexual masculina o femenina, el orden sexual estaba asegurado.” (p. 22)

Por lo tanto, quisiera tomar un enunciado fundamental que propone Silvia Bleichmar y que es en algún punto, la idea que ha guiado enunciados que se proponen en este trabajo, “Es desde esta perspectiva que se hace necesario señalar, haciendo una afirmación que no por sabida es menos olvidada, que la identidad sexual tiene un estatuto tópico, como toda identidad que se posiciona del lado del yo.” (Bleichmar, 2005, p.126)

Y a partir de este punto se podría pasar al problema de la perversión, si se toma junto con Bleichmar el problema de la perversión desde dos miradas en la obra freudiana; una que tiene que ver con la neurosis y que por lo tanto está compuesta de un gran “sustrato ideológico” aquella que pone de manifiesto lo pregenital y la otra “aquella que pone en el centro la renegación (*verleunung*) de la castración” (p.127) y que:

“reduce todo reconocimiento de la alteridad a la diferencia anatómica de los sexos, planteando como modelo del amor de objeto la relación heterosexual, estando atravesadas tanto la elección homosexual como la heterosexual por los modos más diversos de anulación o reconocimiento de la diferencia con el otro.” (Bleichmar, 2005, p.127)

Esta definición de perversión se puede relacionar con la masculinidad en la cultura actual. Sacando al contexto social de su carácter mítico, en el sentido de atribuir conductas que reducen la subjetividad del otro –violencia, feminicidio, homofobia- a una falta de educación. Donde en realidad, lo que está en juego es no ver al otro como una alter.

Esto abre un nuevo sentido al concepto de perversión y lo despoja del cambio de zona en el goce sexual como Freud lo señala en tres ensayos. La perversión se definiría entonces por la anulación del otro como sujeto. Y también nos mete de lleno en la diferencia de aquello que es del orden de la producción psíquica, que puede ser

tomado como universal y la producción de subjetividad que es semejante a cada época histórica y a la cultura en que los sujetos se enmarcan.

La masculinidad como paradoja

El planteo que Silvia Bleichmar formula en “Paradojas de la sexualidad masculina” (2007) implica varios aspectos, uno de ellos y fundamental es la idea de inconsciente que la autora propone, y la cual me resulta bastante válida. Se trata de no pensar al inconsciente como un ser aparte y o contrario al ser consciente. Es decir señalar que en el inconsciente no existe una especie de identidad que hay que develar.

El inconsciente en este sentido no es una especie de otra persona desconocida. “...el inconsciente, cerrado a toda referencialidad , funcionando bajo la legalidad del proceso primario, despojado en definitiva, de subjetividad en sentido estricto no sea volitivo ni intencional.” En este sentido la autora nos plantea lo siguiente; “nadie puede ser en el inconsciente, lo opuesto a aquello que es en la conciencia, en razón de que nadie puede, simplemente, ser en el inconsciente.” (Bleichmar, 2007, p.14)

A través de esta perspectiva podemos ir pensando en cómo se puede construir un pensamiento que dé cuenta de la constitución de la masculinidad. Una distinción importante tiene que ver con diferenciar la identidad de la orientación sexual. Cuestión que se ha vuelto muy popular en nuestros días pero que aún siempre tiene un dejo de asociación indisoluble. Esto quiere decir que si bien sabemos que ser hombre no implica un deseo heterosexual. También sabemos que a cierto psicoanálisis le ha costado bastante esta idea. La interpretación de la anatomía es el destino parece haber imperado con todas sus fuerzas. Esto nos introduce directamente en el problema que el psicoanálisis ha tenido a la hora de considerar la sexualidad de los hombres. Vale decir generar una teoría que no encapsule las manifestaciones de la sexualidad que se han venido generando en los últimos tiempos, desde finales del

siglo pasado hasta nuestros días. En última instancia el planteo es, ¿cómo generar una teoría psicoanalítica, que dé cuenta de los modos con los cuales los sujetos se vinculan con su sufrimiento?

En este caso particular como se construye –la palabra construye no es inocente– una masculinidad que parece más que nunca tener una puesta en acto, en la violencia, en el consumo, y en todo aquello que parece escapar a una cierta simbolización, donde la mediación está dada por la palabra. Se trata entonces de poner a trabajar el discurso psicoanalítico, tratando de hacer decantar el problema de la identidad. Teniendo en cuenta los obstáculos y las resistencias que esto conlleva, a sabiendas que al igual que el género, la cuestión de la identidad no son conceptos psicoanalíticos. Por lo que en muchos casos el discurso adquiere carácter mitológico, repitiendo enunciados que no permiten el avance del conocimiento.

Por ejemplo decir que los hombres hoy en día se han feminizado por que se depilan el cuerpo o porque son más sensibles. Esto evidentemente hace surgir un posicionamiento respecto a que es lo femenino y que es lo masculino. Antes se señaló que la palabra construcción no era inocente, porque si se hiciera caso incuestionable a estos tipos de enunciados, parecería que el problema de la masculinidad es una especie de esencia. Pero también la trampa está allí. Porque si bien se plantea que los hombres se feminizan, como algo del orden de la naturaleza, el “se” nos habla de que en última instancia la cuestión de la identidad también es moldeable. Y no, en un sentido sociologista, donde así como el inconsciente puede ser concebido como una especie de otro que dicta, la sociedad también se transforma en algo que construye todo lo que uno es.

Consideraciones finales:

Llegar a algunas conclusiones finales puede ocasionar el peligro de cerrar una discusión, que se entiende debería quedar por demás abierta. El problema del género, de la masculinidad, de la construcción de una identidad, es un campo en permanente movimiento. En ese sentido quizá el objetivo de las articulaciones que han recorrido

este trabajo, sea el de mostrar algunas ideas de diferentes autores con las que disponemos a la hora de pensar el problema de una identidad. Elecciones no azarosas claro está, pero tratando de generar una discusión lo más abierta posible. En ese sentido se trata de considerar y no de concluir.

Como ya se ha señalado en la introducción los últimos años en nuestro país han sido cuna de verdaderos cambios políticos y sociales respecto a las posibilidades de legitimar prácticas amorosas en todos sus sentidos. La unión concubinaría en un principio y como antecedente de lo que luego sería el matrimonio igualitario. Así como también la posibilidad de que parejas del mismo sexo puedan adoptar niños, políticas públicas que tratan de mejorar la vida de aquellas personas que se encuentran en situación vulnerable, como el caso de las y los trans etc.

Generalmente estas discusiones se han centrado en torno a dos cuestiones principales, uno que es del aspecto legal y que implica el reconocimiento por parte del Estado y el otro que tiene que ver con la visibilidad, cuestión que como medida de lucha no es nada extraño en referencia a la época histórica en que vivimos. El mérito de cada grupo que ha hecho eco de estas ideas evidentemente es innegable. Quizás lo que le corresponda a la academia y sobre todo al mundo psi es tratar de pensar aquello que tiene que ver con el devenir del deseo en cada sujeto. Por ejemplo el transgénero es una categoría jurídica sostiene Butler. El problema es que aquí a mi entender lo jurídico en realidad es un problema de la conciencia, enmarcado en, un imperativo, puedes hacer esto no puedes hacer lo otro, por ejemplo si eres varón te puedes casar con otro varón pero no lo puedes hacer con un varón y una mujer a la vez. Por lo tanto en la mayor parte de los casos lo jurídico no puede comprender aquello que es del orden del deseo. Transitivamente lo jurídico no puede evitar discriminaciones y violencia.

Desde Freud y con Laplanche se nos ha mostrado una nueva idea de la construcción de la identidad de género pasando de lo social al grupo más cercano de un niño recién nacido. Sin olvidar el deseo, y la propia sexualidad de quien pretende ejercer una función de paternaje.

Por último, la propuesta está hecha, no despreciar al inconsciente y la sexualidad. No suprimir al psicoanálisis, sobre todo a ese psicoanálisis siempre en revisión y en crítica permanente, así como Freud lo supo hacer.

Referencias.

Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Santafé de Bogotá: Norma

Bauman, Z. (2013). Zygmunt Bauman sobre Judith Butler. Recuperado de <http://judithbutlerenespanol.blogspot.com/>

Bleichmar, S. (2007). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós

(2010). *La Subjetividad en Riesgo*. Buenos Aires: Topía

Butler, J. (2010). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Dejours, C. (2006). Por una teoría psicoanalítica de la diferencia de sexos. Introducción al artículo de Jean Laplanche. *Revista Alter*. (2). Recuperado de <http://revistaalter.com/revista/por-una-teoria-psicoanalitica-de-la-diferencia-de-sexos-introduccion-al-articulo-de-jean-laplanche/934/>

Dio Bleichmar, E. (2002). Sexualidad y género: nuevas perspectivas en el psicoanálisis contemporáneo. *Revista Aperturas psicoanalíticas*. (11) Recuperado de <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=202&a=Sexualidad-y-genero-nuevas-perspectivas-en-el-psicoanalisis-contemporaneo>

(1997). *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós

Fernández, A. M. & Siqueira Peres, W. (2013). *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*. Buenos Aires: Biblos.

Freud, S. (1992). Carta 69 (1897). En Freud, S. (Ed.), *Volumen I.* (301-302). Buenos Aires: Amorrortu

(1991). La sexualidad en la etiología de las neurosis (1898). En Freud, S. (Ed.), *Volumen III.* (251-276). Buenos Aires: Amorrortu.

(1991). *La interpretación de los sueños (1900)*. Buenos Aires: Amorrortu

(2013). Tres ensayos de teoría sexual (1905). En Freud, S. (Ed.), *Volumen VII.* (109-224). Buenos Aires: Amorrortu.

(1991). 20° conferencia. La vida sexual de los seres humanos. (1916-1917). En Freud, S. (Ed.), *Volumen XVI.* (277-291). Buenos Aires: Amorrortu.

(1991). 21ª conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. (1916-1917). En Freud, S. (Ed.), *Volumen XVI.* (292-308). Buenos Aires: Amorrortu.

(2008). La organización genital infantil. (1923). En Freud, S. (Ed.), *Volumen XIX.* (141-149). Buenos Aires: Amorrortu.

(2008). El sepultamiento del complejo de Edipo (1924). En Freud, S. (Ed.), *Volumen XIX.* (177-187). Buenos Aires: Amorrortu.

Laplanche, J. (1984). *La sexualidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

(2001). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu

(2006). El género, el sexo, lo sexual. *Revista Alter.* (2). Recuperado de <http://revistaalter.com/revista/el-genero-el-sexo-lo-sexual-2/937/>

Mitchell, J. (1974). *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona: Anagrama.

Mitchell, S.A. & Black, M. J. (2004). *Más allá de Freud. Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. Barcelona: Herder

Horney, K. (1993). *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós

Ribera, R. (1998). Hegel para principiantes. *Cultura*, (81), 35-60. Recuperado de <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1276296424.pdf>

Roudinesco, É. & Plon, M. (2008). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Volnovich, J. C. & Rodolfo, R. (1997). Variaciones para un prólogo posible. En Benjamín, J. (Ed.), *Sujetos iguales, objetos de amor*. (9-32). Paidós: Buenos Aires.

Volnovich, J. C. (2010). *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. Buenos Aires: Topía